

HISTORIA E HISTORIADORES EN LA EUROPA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII: PANORÁMICA BIBLIOGRÁFICA

Fernando Sánchez Marcos

Este artículo, deliberadamente breve, es, en el fondo, una invitación al estudio de la historia de historiografía; una invitación para que acudamos en mayor medida a trabajar con los colegas de otros países europeos, en ese rejuvenecido dominio. Ahora que empiezan a multiplicarse iniciativas personales e institucionales en ese sentido, puede ser útil ensayar una cierta panorámica bibliográfica para ilustrar distintas tendencias y posibilidades metodológicas, con el deseo de facilitar una cierta orientación básica, aunque sea de manera un tanto sumaria y al precio de podar la frondosidad erudita.

En consonancia con el subtítulo de esta publicación, «Revista d'història moderna», y con mi propio ámbito de especialización investigadora, centraré mi atención en los siglos XVI y XVII. Tanto por lo que respecta a los territorios históricos considerados como a la bibliografía utilizada, me circunscribiré en esta ocasión a la historiografía francesa, italiana y británica (con su prolongación ultramarina, por lo que a bibliografía se refiere). Dificultades lingüísticas me harían muy arduo incluir la importante producción germánica no traducida. Que haya dejado para otro momento la historiografía y bibliografía hispánicas se debe a tres razones: a) me parece conveniente comenzar por el contexto general europeo-occidental; b) hay razones para pensar que, en principio, aquella resulta más conocida; c) la historiografía hispánica merece un artículo específico ulterior.

La estructuración de este trabajo será la siguiente: en una primera parte comentaré algunas obras relevantes, siguiendo un orden decreciente de generalidad. Así, utilizando un criterio de sistematización análogo al de Bodin, en su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*,¹ comenzaré por las obras que tratan de

1. Esta sistematización se encuentra en la lista recapitulativa de historiadores que constituye el capítulo X de la mencionada obra, la cual se publicó originalmente en latín (París, 1566). En mi comunicación sobre «La selección bodiniana de historiadores de los españoles» (*Jornades A. Agus-*

forma más global de la historiografía de esos dos siglos, proseguiré por las que se dedican a la producción histórica de cada país o grupo de países, y terminaré por los estudios monográficos centrados en algunos de los más destacados historiadores de esa época. En la segunda parte de esta «Panorámica bibliográfica» intentaré desplegar un cierto abanico de estudios temático-sectoriales (Clío en la Corte, la cultura histórica; la compleja apuesta de la periodificación) y tanto en una parte como en otra trataré de reflejar la variedad de enfoques conceptuales e interpretativos desde los cuales se han abordado esas problemáticas.

EL CAMBIO DE ENFOQUE EN LAS OBRAS GENERALES DE HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA. DE FUETER A CARBONELL.

«Nihil novum sub sole». La historia de la historiografía moderna no ha comenzado con la conocida obra, de título homónimo, de Eduard Fueter, *Geschichte der neuen Historiographie*.² Y sin embargo es casi obligado comenzar por ella, dada su importancia e influencia, que cabe asociar a la interpretación de Jacob Burckhardt acerca de los orígenes del mundo moderno. Entre suizos anda el juego. Uno, a mediados del siglo XIX (Burckhardt) hizo clásico el panorama global de *Die kultur der Renaissance in Italien (La civilización [o cultura] del Renacimiento en Italia)*; otro (Fueter), a comienzos del siglo XX, ha esculpido el retablo casi normativo (o al menos casi nunca perdido de vista) de la historiografía del humanismo renacentista en Italia y de su posterior difusión por Europa.

Algo debe tener la obra de Fueter cuando se sigue traduciendo e imprimiendo medio siglo después de que fuera escrita. Más que algo. Sistemática, excesiva incluso, para agrupar los historiadores en escuelas y tendencias; esfuerzo contextualizador; abundancia de información, fiable por lo general. Por lo que respecta a la época objeto de nuestra atención, el esquema de Fueter es claro y algo maniqueo. La historiografía que importa, que él valora, la que constituye el punto de referencia tipológico, es la historiografía humanista que aparece ya cuajada en Italia —Florenia, especialmente— en el siglo XV, y se difundirá en el siglo XVI al resto de Europa. Hay otras corrientes y autores que Fueter estudia, pero como excepciones o fenómenos más bien marginales. Una historia de la historiografía que hoy podemos considerar como clásica, en cuanto punto de referencia obligado e insuficiente a la vez, dada esa acusada tendencia teleológica. Por lo demás, aunque Fueter comienza cada capítulo por unas sabrosas consideraciones generales sobre las tendencias históricas globales de cada época en las que situar

tí i el seu temps, Tarragona, 1986) terminaba abogando por una pronta traducción al castellano y/o catalán del *Methodus...*, ese clásico del Max Weber del siglo XVI. Si disponemos de traducciones al inglés y, naturalmente, al francés.

2. La primera edición alemana, München y Berlín, 1911; 1936 ed. revisada y ampliada. Existen traducciones al italiano (por Croce), al francés y al castellano (Buenos Aires, Ed. Nova, 1953). Para los precursores de la historia de la historiografía, ver las primeras páginas —y correspondientes notas— del artículo de CARBONELL, Ch.-O., «Pour une histoire de l'historiographie», *Storia della Storiografia*, 1982, 1.

la producción historiográfica, enfoca predominantemente su estudio desde la perspectiva de la historia del pensamiento.

Unos cuantos decenios más tarde, Harry E. Barnes, un liberal norteamericano, escribió su *History of historical Writing*.³ Se trata de una obra que ha constituido casi el equivalente «del Fueter» en el mundo anglosajón. Menos sistemática y exhaustiva, la obra de Barnes, que dedica la décima parte que Fueter a los siglos XVI y XVII, comparte con ésta el enfoque teleológico (rastrear los orígenes del pensamiento que él considera progresista) y acentúa su desvalorización de las otras corrientes o factores —particularmente del Cristianismo— siendo, en ese sentido, más beligerante.

Muy influido por Fueter, en cuanto a su información y estructuración, pero desde la óptica de un marxista francés, Georges Lefebvre en su síntesis titulada *La naissance de l'historiographie moderne* (sustancialmente un curso en la Sorbonne del año 1945-46),⁴ dedica poco espacio a los siglos XVI y XVII —especialmente al último—, puesto que el verdadero comienzo de la historia moderna sólo se da, para él, con la historia racionalista de la Ilustración, a lo Voltaire.

Barnes y Lefebvre, unidos en su reivindicación de la Ilustración y del pensamiento progresista ulterior, divergen considerablemente a partir del estudio del siglo XIX. El marxismo, altamente valorado, de modo directo o indirecto, por el segundo, apenas es considerado, y de forma negativa, por el primero.

El contenido de la obra de D. Hay *Annalists and Historians*, queda más perfilado en su subtítulo, *Western Historiography from the VIIIth. to the XVIIIth. Century* (London, Methuen, 1977). El libro de Hay, no traducido aún, desgraciadamente, a medio camino entre la síntesis muy general y la obra especializada, resulta interesante por cuanto supone un saludable contrapunto, desde la perspectiva de un especialista en el siglo XV, respecto a la interpretación de Fueter, rupturista y exaltadora de la modernidad del Renacimiento. También porque valora más adecuadamente que Barnes la pervivencia de la tradición cultural cristiana en la historiografía.

Termino esta breve presentación de obras espigadas que abarcan, desbordándola cronológicamente, el conjunto de la historiografía de la época en cuestión, refiriéndome a la pequeña-gran síntesis de Charles-Olivier Carbonell, recientemente traducida.⁵ El enfoque que ofrece Carbonell en *L'Historiographie* (París, P.U.F., 1981), queda más patente si consideramos también su «grand thèse» *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885* (Toulouse, 1976) la cual, si bien no corresponde a la época cronológica que nos concierne primordialmente, es de un gran interés metodológico. Y esta propuesta se hace programa de trabajo y declaración de intenciones explícita, en el manifiesto «Pour

3. La primera ed. es de 1937. Yo he utilizado la segunda, revisada, New York, Dover Publications, 1963.

4. Sin embargo, fue bastante tardíamente publicado, por F. Braudel y A. Soboul, París, Flammarion, 1971 (Existe traducción castellana).

5. Traducción castellana: México, 1986, Fondo de Cultura Económica.

une histoire de l'historiographie» con el que se presentaba la revista internacional *Storia della Storiografia*, surgida como órgano de la Comisión Internacional homónima que se creó en el penúltimo Congreso Internacional de Ciencias Históricas (el XV, celebrado en Bucarest en 1980).

Se trata de un enfoque —en buena parte diferente al de Fueter— directamente vinculado a la nueva historia de «Annales», en el que la historia de la historiografía enlaza con la historia de las mentalidades y sensibilidades de una sociedad dada. Desde esa perspectiva, la historiografía interesa como «le meilleur des témoignages que nous pouvons avoir sur les cultures disparues», dado que «une société ne se dévoile jamais si bien que lorsqu'elle projette derrière elle sa propre image». ⁶ En consecuencia, tendencias y obras consideradas «menores» con el criterio clásico cobran nueva importancia. Y en ese enfoque no basta con una breve introducción sobre las circunstancias históricas generales en las que hay que colocar la producción historiográfica, sino que se hace capital la interrelación entre visión del pasado y los distintos condicionamientos del «presente» en el que se gestó la historia analizada. Así el conocimiento de los propios historiadores en sus entornos resultan tan relevantes como sus obras históricas, sin que puedan separarse éstas y aquellos. En esa perspectiva, la *pesée globale* de una determinada historiografía aparece como un objetivo y la cuantificación (en análisis de contenidos y difusión de obras, por ejemplo) es casi obligada, aunque no como aproximación única. En el manifiesto antes citado «Pour une histoire de l'historiographie» hay, por lo demás, jugosas referencias a la forma, desigual, en que han contribuido a este cambio de tendencia en el enfoque de la historia de la historiografía la influencia combinada del historicismo, del marxismo y, especialmente, de la «nouvelle histoire» de Annales, en una hora en la que las viejas certezas sobre «la» historia científica y «el» método histórico se astillan visiblemente. Desde un punto de vista profundo, me atrevería a decir, que late en ese nuevo enfoque un cierto ironismo conceptual, no sólo como impregnación ambiente sino también como opción-compromiso. ⁷

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIOGRAFÍA ITALIANA, FRANCESA Y BRITÁNICA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Dado el destacado papel de Italia y su irradiación cultural a toda Europa en la época del Renacimiento, puede ser legítimo comenzar por la referencia a la gran obra del norteamericano Eric Cochrane, uno de los mejores conocedores de la cultura italiana de la edad moderna. Su monumental estudio sobre *Historians and*

6. CARBONELL, Charles-Olivier, *L'historiographie*. Paris, 1981, p. 4.

7. Evidentemente las referencias anteriores no pretenden ser exhaustivas. Existen otras obras importantes generales de historia de la historiografía, como las de CROCE, Benedetto, *Teoria e storia della Storiografia*. Bari, 1948; y THOMPSON, J.H. -HOLM, B.J., *A History of Historical Writing*, 2 vols. New York, 1942. Con los comentarios anteriores he tratado únicamente de llamar la atención sobre algunas obras que pueden ser emblemáticas por su enfoque.

Historiography in the Italian Renaissance (Chicago, University Press, 1981), rinde tributo explícito a Fueter y obedece a un esquema organizativo análogo. El surgimiento y difusión del nuevo estadio historiográfico es seguido, en este caso, desde Florencia hacia cada uno de los restantes territorios históricos de la península italiana. La obra de Cochrane, que se centra en los siglos XV y XVI (y sólo muy sintéticamente en el epílogo aborda el tema del agotamiento de la historiografía humanística en el XVII), aporta una copiosísima información, ante todo y directamente sobre los historiadores italianos, pero también, de modo derivado, sobre la historiografía de otros países europeos y los intensos contactos culturales intereuropeos de la época renacentista. Por otra parte, la fecha, relativamente reciente, de su publicación y la abundancia de sus referencias bibliográficas la convierten en instrumento de trabajo muy valioso en el estudio y la investigación especializadas. Todo ello hace que puedan coonestarse algunas, a veces bastante patentes, deficiencias en la articulación de la obra.

Si Cochrane es un gran conocedor de la cultura italiana renacentista, su compatriota George Huppert no le va a la zaga por lo que respecta a la Francia coetánea. A Huppert le debemos un importante libro *The idea of Perfect History* (Urbana, III, University Illinois Press, 1970),⁸ en el que reivindica la importancia de la contribución de una serie de historiadores y teóricos de la historia franceses, coetáneos de las guerras político-religiosas de la segunda mitad del siglo XVI, a la creación del método moderno de explicación del pasado. La «historia perfecta» de Bodin y La Popelinière, anticiparía la historia filosófica ilustrada y marcaría para Huppert una importante ruptura con la tradición historiográfica medieval. En esta obra se resalta no sólo la modernidad de esa concepción de la historia, sino también la relativa unidad de esta tendencia o propuesta historiográfica y su vinculación a un *milieu* de juristas humanistas, latitudinarios en lo religioso, y con un interés por la cultura francesa y los orígenes de su nación compatible con una historia comparativa de las civilizaciones.

Esta misma corriente historiográfica de la «historia perfecta» francesa ha sido estudiada por Donald R. Kelley en una obra, publicada simultáneamente a la de Huppert, que agrupa una serie de artículos anteriores. Kelley incide algo más en el contexto polémico en el que se inscribe y con el que se compromete la «historia perfecta», a la que considera también, de hecho, como un proyecto de «defensa e ilustración de la moderna cultura francesa»⁹ frente a la anterior supeditación a la hegemonía político-cultural romano-italiana. Sin embargo, apunta básicamente en la misma dirección interpretativa de G. Huppert: la labor de los autores franceses de la segunda mitad del siglo XVI significa una aportación de gran entidad «toward a new design of History».¹⁰ Muy expresivo es ya el propio título completo de la obra de Kelley *Foundations of Modern Historical Scholarship. Language, Law and History in the French Renaissance* (Columbia, Univer-

8. Traducción francesa; París, Flammarion, 1973.

9. KELLEY, Donald R., *Foundations of modern historical scholarship*. New York-London, 1970, p. 303.

10. KELLEY, *Foundations...*, p. 301.

sity Press, 1970). En cambio, el peso de la tradición historiográfica anterior y la incidencia de los condicionamientos polémicos presentistas (las querellas dogmático-eclesiásticas y las pugnas entre los distintos grupos socioeconómicos —juristas y aristócratas de viejo cuño— por la influencia en el Estado) han sido subrayados con más fuerza en el artículo de Arlette Jouanna, «Histoire et polémique en France dans la deuxième moitié du XVI siècle», publicado un decenio más tarde.¹¹ La «historia perfecta» no se contempla ya con tanta admiración y/o deslumbramiento. Se ven quizás más sus humanas «imperfecciones».

Respecto a Inglaterra, cabría alguna duda, por su título y subtítulo, acerca de la atención dedicada a la época que nos concierne aquí, en la obra de John Kenyon, *The History Men. The Historical Profession in England since the Renaissance* (London, Weidenfeld and Nicolson, 1983). Una duda en todo caso para neófitos, ya que como bien sabíamos y la obra de Kenyon confirma ampliamente, la plena profesionalización del oficio de historiador, con una formación específica, es bastante tardía, incluso en Inglaterra. En consecuencia, a la época anterior a la Ilustración se le destina únicamente un capítulo específico en el libro.

El clima intelectual en el que surge la Revolución inglesa ha sido objeto de numerosos estudios y algunos de ellos postulan la existencia de una revolución historiográfica, como por ejemplo el de Smith S. Fussner, *The Historical Revolution. English Historical Writing and Thought, 1580-1640* (London, Routledge, 1962).

ALGUNOS ESTUDIOS MONOGRÁFICOS SOBRE HISTORIADORES INDIVIDUALES.

Sería interesante efectuar un estudio cuantitativo comparativo sobre la «fortuna», valoración póstuma de los diferentes historiadores, a través de la cantidad y amplitud (cronológica y geográfica) de los estudios monográficos que se les han dedicado hasta la fecha. Pero aún sin datos precisos, puede constatarse que sólo de los historiadores considerados habitualmente como muy relevantes abundan estos trabajos. En todo caso hoy disponemos de un muy estimable elenco de monografías sobre historiadores individuales significativos, realizadas mayoritariamente por autores de la misma procedencia histórico-cultural e incluso del mismo país. Espigaremos algunas.

Camden y Clarendon han sido estudiados, respectivamente, por Hugh Trevor-Roper (*Queen Elizabeth's First Historian*, London, 1971) y Wormald, B.H.G. (*Clarendon: Politics, Historiography and Religion, 1640-1660*, Cambridge, 1964). Sobre Guicciardini, además de la obra clásica de su compatriota Vittorio Caprariis, *Francesco Guicciardini dalla Politica alla Storia* (Bari, 1950), tenemos las más recientes de Mark Phillips, *Francesco Guicciardini, the Historian's Craft* (Toron-

11. En *Storia della Storiografia* (Milano, 1982), 2, ps. 57-75.

to, 1977) y de E. Lugnani Scarano, *Guicciardini e la crisi del Rinascimento* (Bari, 1979). El medio cultural, en el que debe ser entendida una labor historiográfica, queda especialmente resaltado en el estudio de B. Neveau, *Un historien à l'école de Port-Royal. Sébastien Le Nain de Tillemont, 1637-1698* (La Haye, 1966). Jean Bodin, en su faceta de teórico de la historia y de historiador, en cierto modo, ha atraído también la atención de numerosos investigadores, además de los que hemos citado al tratar de «la historia perfecta».

En cierto sentido, más interés aún que estos trabajos sobre autores individuales pueden tener los análisis comparativos acerca de dos (o más) historiadores. Como el magistral libro de Felix Gilbert sobre *Machiavelli and Guicciardini* (Princeton, New Jersey, 1973), en el que tan bien se esclarecen las relaciones entre la actividad historiográfica de ambos autores y el complejo contexto de la política florentina tras la «calamità d'Italia». Y más adelante aludiremos a las obras de Orest Ranum y François Fossier las cuales, aportando una notable cantidad de información biográfica sobre distintos historiadores de la Francia del siglo XVII (por lo que podrían considerarse como recopilaciones de biografías de historiadores), tienen tal vez un tratamiento más adecuado en relación con la problemática específica del historiógrafo, o de los historiadores y los condicionamientos del mecenazgo político.

SOBRE ALGUNAS LÍNEAS TEMÁTICAS DE INVESTIGACIÓN

Tal como anticipé en la introducción, en este segundo momento del trabajo me propongo articular esta revisión bibliográfica acerca de la historiografía de los siglos XVI y XVII siguiendo un criterio preferentemente temático. Podría intentarse agrupar la bibliografía especializada según su vinculación a cada uno de los tres parámetros o dimensiones fundamentales, en última instancia, de la Historia: la dimensión ético-moral (Bonum), la dimensión científico-intelectual (Verum) y la dimensión estético-literaria (Bellum). Ello implicaría discernir en la atención de los autores de las diferentes aportaciones bibliográficas cuál o cuáles son los aspectos prioritarios. Pero, sin desdeñar esta tridimensionalidad filosófico-conceptual, he optado por escoger y realzar algunas problemáticas conectadas con la nueva forma de entender la historia de la historiografía que hoy se postula. Problemáticas en las que se funden e imbrican de algún modo las tres dimensiones aludidas.

CLÍO EN LA CORTE. LOS HISTORIADORES Y EL PODER

Comencemos por la problemática en torno a las relaciones —en concreto, no en abstracto— entre el quehacer de los historiadores y los condicionamientos de los poderes establecidos. Desde mediados del siglo XV la imprenta acrecentó la importancia de la historia como creadora, de forma más o menos directa, de cli-

mas de opinión político-intelectuales e incluso como forma de propaganda larvada. Por ello, a lo largo de nuestra época poderes ya establecidos (Iglesia, monarquías, estirpes nobiliarias, ciudades, por ejemplo) u otros que también pugnaban por afirmarse (como las confesiones protestantes, los territorios con identidad colectiva diferenciada, los juristas) usaron y abusaron de la historia, al menos si entendemos ésta en un sentido lato. La producción histórica se hinchó entonces, al igual que en otras épocas, en situaciones de conflicto agudo político-social y/o ideológico. Discernir, en el caos de los acontecimientos y de las pasiones enfrentadas, unas líneas de inteligibilidad y de justificación de la propia trayectoria siempre ha parecido un suplemento de poder e incluso una necesidad catártica. Así no es extraño que la convulsa Florencia de principios del siglo XVI, la desgarrada Francia de la segunda mitad de esa centuria, y la revolucionada Inglaterra de 1640-1660 estuvieran saturadas de discursos históricos. Las complejidades de esos entornos sociopolíticos constituían un reto adecuado para una respuesta superadora.

En líneas generales —tal como ha señalado Guenée en una importante obra (*Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, París, 1980) sobre la que volveremos más tarde— ya desde el siglo XV Clío pasa crecientemente de la tutela de la Iglesia a la de los Estados monárquicos. Pasiones protonacionalistas y órdenes de los príncipes constituyeron a la vez poderosos estímulos y serias limitaciones en una aproximación al pasado que sale del abrigo de los claustros y monasterios al tránsito de las plazas urbanas.

Clío en la Corte, podría ser un título para resumir esa evolución a la que nos acabamos de referir. Clío en la Corte tanto por el «milieu» cultural y socio-político al que pertenecen, por lo general, los más destacados historiadores como por el eje conceptual de sus reflexiones. Entendámonos. Hablamos de la «Corte» no sólo porque un buen número de historiadores estén directamente al servicio de las cortes principescas (sea como historiadores oficiales, como Paulo Emilio, y tantos otros tras él, en Francia; sea como consejeros de confianza de reyes en apuros, caso de Clarendon respecto a los dos primeros Estuardo; sea como cancilleres o secretarios de las ciudades-estado italianas, caso de Maquiavelo o Guicciardini). Sino también porque, entendiendo «la Corte» en un sentido más lato, el *leit motiv* de la reflexión de buena parte de los otros historiadores —los que no estuvieron tan directamente vinculados al poder del estado— fue la edificación del estado moderno, el cual tiende a identificarse con las distintas Cortes europeas. La corriente renovadora, excepcionalmente anticipadora, de la *histoire parfaite* francesa ¿no es obra en gran medida de juristas, de *politiques*, preocupados por reforzar la identidad y justificar la autoridad de un estado sólido que arbitre en las desgarradoras tensiones religioso-políticas francesas de la segunda mitad del siglo XVI?

Ciertamente podría argüirse que esa preocupación por el estado no hegemoniza, ni de lejos, toda la producción histórica de, al menos, dos siglos. Ahí está, desde luego, todo el extenso campo, y en buena parte en sintonía de continuidad con la historiografía de la Edad Media, de la historia eclesiástico-religiosa. Pero

como rasgo diferencial, novedoso por su intensidad, y vinculado a uno de los fenómenos más importantes de la Edad Moderna, el «acortesamiento» de Clío nos parece que merece ser destacado. «Acortesamiento» de Clío, (si se nos permite y no malinterpreta un vocablo tan poco eufónico) porque los emergentes estados Modernos monárquicos (el reino de Francia, la Monarquía hispánica, el reino de Inglaterra, al que se une o suelda más tarde Escocia) se imponen frente a las ciudades-estado italianas (Florencia, Milán, Venecia) otrora muy poderosas política y económicamente y todavía cautivadoras, por su superioridad cultural, para los «invasores» cisalpinos.

En este importante cambio de orientación de la historia —de los claustros a las cortes— hay varias temáticas susceptibles de análisis y sobre las que disponemos de algunos destacados estudios. Una de ellas es el debatido proceso de institucionalización del cargo (¿o sólo título?) de historiador, el nacimiento de los «historiógrafos» como escritores con un cargo y una función definida, al servicio de los reyes, lo cual parece una tendencia bastante generalizada en todo el Occidente europeo (la antigua Cristiandad occidental, Hungría incluida) desde los decenios finales del siglo XV.

Son importantes, en ese ámbito temático, los artículos de François Fossier: «Le charge d'historiographe du seizième au dix-neuvième siècle» (1977) y «A propos du titre d'historiographe sous l'Ancien Règime» (1985).¹² En ellos estudia tanto los aspectos jurídico-institucionales como las dimensiones sociológicas de ese numeroso grupo de hombres (83 entre los siglos XVI y XVII). Y afirma que en Francia el ser «historiógrafo» más bien que detentar un cargo significa un título honorífico, de reconocimiento «a posteriori». También sobre ese mismo reino de Francia y acerca de la época de creciente y tensa afirmación del absolutismo, versa el libro del norteamericano Orest Ranum —uno de los mejores conocedores de la época de Richelieu— que se circunscribe a cinco autores, y que lleva como feliz título *Artisans of Glory. Writers and historical Thought in seventeenth century France* (Chapel Hill, 1980).

La obra de Denis Hay sobre *Polydore Vergil* (Oxford, 1952) conecta esta temática del historiógrafo (de Enrique VII Tudor, en este caso) con la de la irradiación de la historiografía humanística italiana en otros países europeos —ampliamente estudiada por E. Cochrane—, ya que Virgilio fue uno de esos importantes «Italians in the West».¹³ Y el mismo D. Hay ha tratado brevemente de la cuestión también en el ámbito político escocés, en su artículo sobre «The Historiographer Royal in England and Scotland» (1951).¹⁴ La propia obra de Cochrane que acabamos de mencionar estudia el tema del mecenazgo político en los distintos estados italianos de los siglos XVI y XVII, especialmente en Venecia, y hace jugosas consideraciones en torno al posible peso relativo de la censura (co-

12. Publicados, respectivamente, en *Revue Historique* (París), CCVIII, ps. 73-92, y *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* (París), XXXII, ps. 361-416.

13. COCHRANE, Eric, *Historians...*, ps. 337-341.

14. Apareció en *Scottish Historical Review*, XXX, 1951, ps. 16-29.

mo factor exógeno frente a otros endógenos probablemente no menos consistentes) en el declive de la historiografía humanística en Italia en el siglo XVII.¹⁵

Puesto que la gloria de los poderosos, a los distintos niveles, se forjaba también con enaltecedoras y persuasivas palabras acerca de su pasado —y no sólo con bellas estatuas o retratos—, el estudio del tema del mecenazgo historiográfico no debería limitarse a la cúspide, al menos desde esa nueva historia de la historiografía más globalizadora, sino extenderse a las relaciones entre patronos de nivel socio-político intermedio e historiadores considerados tradicionalmente de menor cuantía.

LA CULTURA HISTÓRICA

La nueva orientación de la historia de la historiografía está muy interesada, como hemos dicho, en clarificar las relaciones entre la historia que se escribe y/o se lee en un momento dado y el medio cultural y socio-político en el que se crea o demanda. Es lógica, pues, la reivindicación del estudio de la cultura histórica, como investigación sobre la difusión e influencia de la producción historiográfica anterior o coetánea, en un lugar, tiempo y medio sociocultural concretos.

En los siglos que ahora primordialmente nos ocupan, XVI y XVII, los elevados porcentajes de analfabetismo hacen especialmente difícil estudiar la cultura histórica de extensos sectores sociales (como la gran mayoría del campesinado). Más asequible resulta conocer la de los sectores alfabetizados, aunque también obligue a una investigación laboriosa. En este campo, los últimos capítulos del libro de Guennée antes mencionado nos proporcionan informaciones y referencias metodológicas preciosas. Para la época del manuscrito, Guennée ha llegado a elaborar un cuadro estimativo bastante completo (órdenes de magnitud de difusión de las obras por encima de un umbral mínimo, cartografía y cronología de dicha difusión) e inteligente en sus conclusiones. Sobre esa base ha llegado a discernir la evolución (dentro de una importante continuidad) del fondo común en la cultura histórica del Occidente europeo y las especificidades diferenciales en las distintas épocas y ámbitos político-culturales.¹⁶

Que yo sepa, no existe en este momento una obra similar para la Edad Moderna. Sin embargo, se dispone ya de estudios concretos, en distintas líneas, o de investigaciones globales colaterales que permiten vislumbrar la posibilidad de realizarla. Partiendo de los trabajos que analizan los contenidos de las bibliotecas privadas,¹⁷ de los catálogos de publicaciones y manuales de librerías, estudian-

15. COCHRANE, Eric, *Historians...*, ps. 487-493.

16. GUENEE, Bernard, *Histoire...*, ps. 250-271 para la difusión de las diferentes obras; sobre el fondo común y las diferencias específicas en la «culture historique des historiens», ps. 301-314; «Les pouvoirs et l'histoire» (propaganda histórica e historia oficial), ps. 332-346.

17. Como estudio modélico, desde el punto de vista metodológico, de bibliotecas privadas, destacamos el de MARION, Michel, *Les Bibliothèques privées à Paris au milieu du XVIIIe. siècle (1750-1759)*, París, 1978, Bibliothèque Nationale. En la obra se analizan 237 bibliotecas, entre 3.700 inventarios post-mortem. Para el siglo XVII es ya clásica la obra de MARTIN, H.-J., *Livre, pouvoir et société à Paris au XVIIe. siècle*. Genève, 1969.

do índices de lectura y/o referencias en otras obras, se puede avanzar notablemente en esa dirección. En este momento el reto quizás sea pasar de la multitud de referencias fragmentarias y utilidades marginales de trabajos conexos, a una obra bien estructurada y más específicamente centrada en esa temática.

Dadas las informaciones que hoy tenemos, no podemos afirmar con rotundidad demasiadas cosas, pero sí algunas. Si la importante presencia (omnipresencia casi) del legado historiográfico grecorromano. Citaremos, en relación con ella, sólo algunos tipos de trabajos. Debemos a Peter Burke, «A Survey of the Popularity of Ancient Historians, 1450-1700» (1966).¹⁸ Arnaldo Momigliano ha estudiado las vías y razones del redescubrimiento de Polibio a comienzos de la Edad Moderna y se ha ocupado, al igual que muchos otros autores, de la revalorización de Tácito (a expensas en parte de Tito Livio), desde mediados del siglo XVI.¹⁹

Entre los libros de historia moderna (moderna, en oposición a la relativa a la Antigüedad grecorromana) que se alineaban en las bibliotecas de los siglos XVI y XVII, el creciente peso de la historia nacional y/o estatal, en detrimento de las «crónicas universales» es otra realidad que parece difícilmente cuestionable. Y está, desde luego, muy vinculada al auge del estado monárquico, asociado con frecuencia a tendencias protonacionales. Las referencias, dispersas en obras muy variadas, son concordantes en ese sentido.

Desde el punto de vista del ámbito sociológico en el que se difunde una cultura histórica de cierta entidad, la bibliografía especializada muestra el notable interés por la historia de los juristas. *Humanists and Jurists* —para honrar, *en passant*, el importante libro de Myron P. Gilmore (Cambridge, 1963)— son no sólo los artífices de gran número de obras históricas, sino que constituyen una buena parte de sus lectores. Están también naturalmente los eclesiásticos que siguen siendo probablemente la mayoría de los cultivadores y recipiendarios, aunque no en los términos de abrumador predominio de la época medieval.

LA COMPLEJA APUESTA POR LA PERIODIFICACIÓN

El lector avisado quizás haya echado en falta, en el título de este artículo, la presencia de conceptos como «Renacimiento», «Barroco» u otros análogos. Se trata de una elusión deliberada, ya que no es el objetivo de este escrito introducir en toda su hondura y complejidad, con el detenimiento que exigiría, los debates en torno a la periodificación/denominación/interpretación de la historia de la historiografía europea de los siglos XVI y XVII. Volveré en otra ocasión sobre ello.

18. En la prestigiosa revista *History and Theory*, V.

19. MOMIGLIANO, Arnaldo, «La redécouverte de Polybe en Europe occidentale», *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*. París, 1983, ps. 186-209. En esa misma recopilación se incluye un estudio sobre la revalorización de Tácito y el tacitismo.

Ahora, sin esos planteamientos, una opción denominativo-interpretativa resultaría insuficientemente justificada. Sin embargo, no quiero dejar al lector sin algunas referencias bibliográficas y algunas reflexiones provisionales. Ahí van.

El problema no reside tanto en la justificación de una etapa renacentista en la historiografía. Parece haber un consenso bastante amplio en ello, y los títulos de algunas destacadas obras ya citadas lo prueban. Pero las discrepancias aumentan al intentar trazar, siquiera sea aproximadamente, la frontera cronológica final, la que podría marcar quizás el inicio de una etapa barroca. Por lo que respecta a la propia existencia y, más aún, a la caracterización y ubicación temporal de un posible período barroco, historiográficamente hablando, las interpretaciones son mucho más dispares. «Historiografía barroca» es un *label* bastante discutible, puesto que se trata sólo de una de las muchas denominaciones/interpretaciones que aspiran a ocupar esa auténtica etapa intermedia, de «baja presión» conceptualizadora entre el Renacimiento y la Ilustración; esa etapa crítica que sigue desafiando todavía a la taxonomía histórica.

Parte del problema puede residir, probablemente, en que ha sido planteado y resuelto, por lo general, hasta ahora, sólo de forma implícita. Como colorario casi necesario de la interpretación que hoy podemos denominar ya clásica —la de Burckhardt y Fueter— acerca de los dos Renacimientos (el Renacimiento de la cultura/civilización, en general, y el de la historiografía en particular) los dos «Barrocos» correspondientes aparecían desvalorizados y más bien como el negativo de los Renacimientos. Una tierra yerma o de frutos deformes, historiográficamente hablando. No es sorprendente que esos menospreciados territorios cronológicos post-renacentistas se hayan estudiado en menor medida, y más bien bajo la perspectiva de cómo pudo detenerse el esperado progreso de una historiografía tan prometedora en la Italia del siglo XV o en la Francia de la segunda mitad del siglo XVI. Las constataciones podrían multiplicarse. Desde luego, esa aproximación predomina no sólo en los autores centrados en la historiografía italiana (Cochrane y Fueter), sino también en los admiradores (como Huppert y Kelley) de la «historia perfecta». En cualquier caso es una evidencia que el porcentaje —podría investigarse con precisión— de obras de historia de la historiografía dedicadas al (y más aún rotuladas con) Renacimiento es mucho mayor que las análogas para el Barroco.

Sin embargo, hay otra aproximación historiográfica en la que las obras históricas, en su contexto, valen no tanto como aportaciones anticipadoras al modelo de historia válido y actual, sino más bien como una forma privilegiada de comprender los modos en que se manifiesta y se elabora, a través de la visión del pasado, la autoconciencia de otras épocas y sociedades. Desde ella, tan relevante es, en cierto sentido, el estudio de la historiografía de la «valiosa» etapa renacentista como el de la denostada historiografía «al margen del Renacimiento», «barroca» o como convergamos en llamarla, si es que llegamos a admitir que merece la pena estudiarla en serio y en su totalidad. Esa totalidad que incluiría, tendencialmente, no sólo la historiografía «rebelde», «libertina» y que se rescata por su «furia profana» (aunque esa predilección sea especialmente comprensible en

el contexto sociocultural del Occidente de los años 70),²⁰ sino también aquella más habitual en la época. Una historiografía, esta última, menos iconoclasta y bastante más anclada en sus certezas, con un fuerte componente retórico-moral con frecuencia,²¹ que combina en algunos casos sólida erudición, piedad y cuidado del estilo,²² y desdén la verdad en otros. Una historiografía que aparece generalmente vinculada ¿cómo no?, en amplia medida a los poderes monárquicos y a los programas eclesiásticos. ¿Una historia más «imperfecta»? Tal vez. En todo caso su estudio resulta no menos instructivo.²³

* * *

Concluyo esta revisión predominantemente bibliográfica sobre la historia y los historiadores en los siglos XVI y XVII. Espero que, pese a sus limitaciones, las referencias que he hecho a títulos, enfoques y compromisos variados, y las reflexiones que he desgranado al hilo de ellas contribuyan a estimular la investigación en un dominio nuclear, no meramente ornamental, de nuestra disciplina.

20. Aludo a la obra erudita, sugestiva y polémica, de BERTELLI, Sergio, *Ribelli, libertini e ortodossi nelle storiografia barocca*, Firenze, 1973. (Trad. cast., Barcelona, Península, 1984). Me parece particularmente expresivo del enfoque del autor cómo éste recupera a un historiador mediocre, como Gregorio Leti, precisamente por su furia profana (ps. 133-134).
21. Jean Meyer ha hablado de la saturación plutarquiiana en la historiografía del siglo XVII. Ver «La puissance et la gloire comme ideologie historiographique au XVII siècle», *Storia della Storiografia*, 1 (Milano, 1982), ps. 100-109.
22. Este tema es estudiado a fondo en el artículo de Françoise Waquet, «*Res et Verba. Les érudits et le style dans l'historiographie de la fin du XVIIe. siècle*», *Storia della Storiografia*, 8 (Milano, 1985), ps. 98-109.
23. CARBONELL, Ch.-O. en «*Retour baroque à une histoire narrative*», VV.AA., *Etudes d'historiographie*. Bucarest, 1985, ps. 83-95, nos muestra cómo el análisis de las distintas dimensiones de la historia (estética, ética e intelectual) puede ser compatible con ese nuevo enfoque del estudio de la historiografía.